

Consideraciones Piadosas

sobre diferentes puntos espirituales

**Dispuestas para las almas
que desean crecer en el
amor divino**

Por SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO

TRADUCCION DEL ITALIANO



LIBRERIA EDITORIAL SANTA CATALINA
Brasil 864 - U. T. 23-2436

Buenos Aires, setiembre 2 de 1940

PUEDE REIMPRIMIRSE:

† ANTONIO ROCCA

Ob. de Augusta y Vic. Gral.

ADVERTENCIA

Este es uno de aquellos libros que suele buscar con anhelo el alma fiel, porque encuentra en su lectura abundante y sólido material de doctrina. Esto no obstante, en este libro no hay más arte o esmero que en los demás que han salido de la mano de San Alfonso, sólo que al leerle se percibe que el celo del santo obispo se ha desarrollado y extendido más que en aquéllos. Habla también a menudo de la muerte y de la eternidad; pero los objetos con que quiere cautivar a sus lectores son: la muerte del justo y la eterna bienaventuranza.

Quizás ninguno de sus escritos presenta más fielmente la imagen del alma de San Alfonso que el presente; rebosando aquí los dulces sentimientos de que estaba lleno su corazón: no hay en él un orden buscado para titular los capítulos, precaución alguna para contener esa espontánea naturalidad del piadoso sentimiento en que se siente arrobado y que no penetra el hombre del siglo: el

santo autor se dirige al alma fiel, sólo entiende que toda verdad es interesante para ella, y que nada puede significar un orden cualquiera para enunciar las doctrinas que puedan dársele, porque su corazón lo sabe todo de antemano y poco le costaría trazar y seguir después la conexión.

Leamos, pues este libro con sencillez y pronto nos sentiremos penetrados de una dulce unción. La familiar elegancia del autor es un nuevo encanto, una garantía de su fidelidad. El traductor de San Alfonso debe imponerse como un deber sagrado el no adulterarla de modo alguno. Las palabras de los santos valen más que todas las frases del mundo, porque así como con el auxilio del idioma de un pueblo que ya no existe, venimos a descubrir su índole, sus doctrinas y sus costumbres públicas y privadas, así con algunos rasgos escritos del varón santo, con algunas palabras recogidas en la tierra, a manera de las plumas del águila que se remonta a los cielos, una penetración atenta llegará tan adelante, que consiga introducirse en la profundidad misteriosa de aquella alma, que fué en la tierra el templo del Espíritu Santo y que es ahora, inaccesible lumbrera junto al trono del Señor.

Consideraciones piadosas sobre diferentes puntos espirituales

CONSIDERACION I

Pensamiento de la eternidad

San Agustín ha llamado al pensamiento de la eternidad *magna cogitatio*, pensamiento grande. Este pensamiento es el que ha conducido a los santos a considerar los tesoros y grandezas mundanas como paja, fango y basura. Este pensamiento es el que ha conducido a los desiertos y retiradas cuevas a tantos anacoretas, a tantos jóvenes ilustres, y que ha guiado a sepultarse en el retiro y soledad de los claustros a los mismos reyes y emperadores. Este pensamiento es el que ha inspirado a tantos mártires el heroico valor con que han arrostrado los tormentos de los ecúleos, las agonías en los abrasadores hierros, en los voraces llamas de las hogueras.

No: no hemos sido criados para esta tierra. El fin para el cual nos ha colocado Dios en este mundo es la vida eterna, a la cual debemos aspirar y merecerla por nuestras buenas obras (1). Esto es lo que hizo decir a San Euquerio que el único asunto a que debemos atender en esta vida es la eternidad (2). Si acertamos en esta materia, seremos eternamente felices; si no acertamos nuestra desgracia será igualmente sin fin.

Feliz aquel que vive sin perder jamás de vista la eternidad, y cree con fe viva que su fin es inminente, y que se halla en el umbral de la eternidad (3). Esta es aquella fe que hace vivir a los justos en la gracia del Señor, que da vida a sus almas, separándolas de toda afección terrestre, recordándoles los bienes eternos que Dios ofrece a los que le aman.

Santa Teresa dice que todos los pecados traen su origen de la falta de fe. Para vencer nuestras pasiones y tentaciones debemos, pues, reanimar nuestra fe, diciendo: *Creo en la vida eterna*, creo que después de esta vida, que pronto ha de acabar para mí, hay una vida eterna, vida de felicidad o de penas, según sean mis méritos o mis culpas.

(1) Finem vero vitam æternam. *Rom.* 6, 22.

(2) Negotium pro quo contendimus, æternitas est.

(3) Justus ex fide vivit. *Gal.* 3, 11.

San Agustín dice que el que cree en la eternidad y no se convierte, ha perdido el juicio o la fe (1). A este propósito dice San Juan Crisóstomo que los Gentiles, cuando veían cometer algún pecado a los cristianos, los llamaban impostores o insensatos. Si no creéis lo que predicáis, les decían, sois impostores; pero si creyendo en la eternidad, pecáis, sois insensatos (2). ¡Desgraciados, doblemente desgraciados! ¡Las puertas del infierno se abren para recibiros y las puertas del infierno no volverán a abrirse para darles salida!

Santa Teresa repetía a sus religiosas: *¡Hijas mías, un alma, una eternidad!* queriendo decirles: Hijas mías, no tenemos más que un alma; si la perdemos lo habremos perdido todo; y perdiéndola una vez, la habremos perdido para siempre.

El último suspiro que exhalaremos al dar la última boqueada decidirá de nuestra bienaventuranza o de nuestra desesperación eterna. Aunque la eternidad, el paraíso y el infierno no fuesen más que opiniones de sabios y cosas dudosas, deberíamos a pe-

(1) O æternitas, qui te cogitat nec pœnitet aut fidem non habet, aut si habet, cor non habet. *In Soliloq.*

(2) Exprobrabant Gentiles, aut mendaces, aut stultos esse christianos: mendaces, si non crederent quod credere dicebant; stultos si credebant et peccabant.

sar de esto, esmerarnos solícitamente en vivir bien y no exponernos al inminente riesgo de perder nuestra alma para siempre; pero no; no se trata aquí de cosas dudosas; trátase de cosas ciertas que aquellas que pueden examinar nuestros ojos.

Roguemos, pues, al Señor se digne aumentar nuestra fe: *Dómine adauge nobis fidem*; porque si vacilase nuestra fe, vendríamos a ser peores que Lutero y Calvino. Por lo contrario una fe viva en la eternidad que nos aguarda, puede hacernos santos.

San Gregorio, enseña que los que piensan en la eternidad, ni se enorgullecen en la prosperidad, ni se abaten en la desgracia porque no teniendo nada que desear en este mundo, tampoco, tienen cosa alguna que temer en él (1).

Cuando tengamos que sufrir alguna enfermedad, alguna persecución, acordémonos del infierno que tenemos merecido por nuestras culpas; entonces cada cruz nos parecerá ligera y daremos gracias al Señor exclamando: *Misericordia Domini, quia non sumus*

(1) Estas son sus palabras: Quisquis æternitatis desiderio figitur, nec prosperitate attollitur nec adversitate grassatur; et dum nihil habet in mundo quod appetat, nihil est quod de mundo pertimescat.

consumpti (1). Digamos con David: Si Dios no hubiese tenido compasión de mí, mi alma estaría en el infierno desde el día en que tuve la desgracia de ofenderle con un pecado mortal (2). Me había perdido: vos, oh Dios de misericordia, me habéis alargado la mano para arrancarme del infierno (3).

¡Oh Dios mío! vos sabéis cuantas veces he merecido el infierno y sin embargo me ordenáis que espere. Yo quiero esperar, ¡oh Dios mío! y aunque me asustan mis pecados, me infunde valor vuestra muerte, vuestra promesa de perdonar al que se arrepiente: *Al corazón contrito y humillado no lo despreciarás, Señor* (4). Os he despreciado hasta ahora, pero ya os amo más que a todas las cosas: me arrepiento de haberos ofendido. Tened piedad de mí Jesús mío, Virgen María interceded por mí.

(1) *Thren.* 3, 22.

(2) Nisi quia Dominus adjuvit me: paulo minus habitasset in inferno anima mea. *Psalm.* 98, 17.

(3) Tu autem eruisti animam meam, ut non periret. *Isai.* 38, 17.

(4) *Ps.* 50, 18.

CONSIDERACION II

Somos viajeros en la tierra

Mientras permanecemos en esta vida todos somos viajeros que estamos lejos de nuestra patria, el cielo; donde nos espera el Señor, para hacernos gozar eternamente de la hermosura de su rostro. Mientras estamos en el cuerpo dice el Apóstol, vivimos ausentes del Señor (1). Si pues, amamos a Dios, debemos desear ardientemente salir de este destierro y abandonar el cuerpo para gozar de la vista de aquél a quien amamos. Tal era el objeto de los suspiros de San Pablo (2).

Antes de cumplirse el augusto misterio de la redención, el camino que conducía a Dios estaba cerrado para nosotros, hijos miserables de Arán; pero Jesucristo con su muerte nos ha conseguido la gracia de poderlos llamar hijos de Dios (3), y nos ha abierto la puerta por la cual podremos llegar como hijos, a presencia de nuestro padre, Dios (4).

(1) *Cor.* 5, 6.

(2) *Audemus autem, et bonam voluntatem habemus magis peregrinari a corpore e præsentibus ad Dominum.* 2 *Cor.* 5, 8.

(3) *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.*

(4) *Quoniam per ipsum habemus accessum ambo in uno spiritu ad Patrem.* *Eph.* 2, 18.

El mismo Apóstol dice también, en otro lugar: *Hermanos míos, ya no sois huéspedes o extranjeros, sino que sois ciudadanos de los santos, habitantes de la casa de Dios* (1). En efecto cuando estamos en gracia de Dios, gozamos ya del derecho de ciudadanos del paraíso, pertenecemos a la familia de Dios. Dice San Agustín (2); la naturaleza viciada por el pecado engendra ciudadanos de la ciudad terrestre, los cuales son otros tantos vasos de ira; pero la gracia, que purifica la naturaleza del pecado, engendra ciudadanos de la patria celeste, y ellos son vasos de misericordia.

Este mismo principio hacía exclamar al santo rey David: Señor, soy peregrino sobre la tierra: enseñadme a observar vuestros preceptos, que son el camino para llegar a mi patria celestial (3). Nada tiene de extraño que los malos deseen vivir siempre en este mundo, porque temen con razón pasar de las penas de esta vida a las eternas mucho más terribles del infierno; pero aquel que ama a Dios, aquel que tiene seguridad moral de hallarse en estado de gracia, ¿cómo puede desear entretenerse en este valle de lágrimas, en medio de las amarguras, de las angustias de conciencia, de los peligros

(1) *Eph.* 2, 18 y 19.

(2) *In Sententiis* num. 156.

(3) *Psalm.* 118, 19.

de condenarse? ¿Cómo puede dejar de suspirar por el deseo de ir a unirse con Dios en la eterna bienaventuranza, donde ya no corre peligro de perderse? ¡Ah! las almas que aman a Dios viven gimiendo continuamente en este destierro y exclaman con David: ¡Cuánta es mi desgracia por tener que vivir tanto tiempo en este mundo, rodeado de tantos peligros (1) ¡Así es que los santos han tenido continuamente en sus labios esta oración: Luego Señor, al punto llevadme a vuestro reino (2).

Apresurémonos, como exhorta el Apóstol apresurémonos a llegar a aquella patria donde nos está preparada la alegría y una paz perfecta (3). Apresurémonos, repito yo, según el ardor de nuestro deseo, y no detengamos el paso hasta que hayamos entrado en el feliz puerto que ha preparado Dios o los que le aman.

El que corre en el ancho estadio, dice San Juan Crisóstomo (4), no cuida de quien le mira, sino del premio que debe ser la recompensa de su agilidad: no se detiene, sino que cuanto más se acerca a la meta,

(1) *Psal.* 119, 5.

(2) *Adveniat, regnum tuum.*

(3) *Festinemus ingredi in illam requiem.*
Hebr. 4, 16.

(4) *Qui currit, non ad spectatores, sed ad palmam attendit; non consistit, sed cursum intendit.* *Mor. Hom.* 7.

más se esfuerza en redoblar la carrera. De donde concluye el santo, que cuanto más avancemos en la vida, tanto más debemos apresurarnos por nuestras buenas obras, para alcanzar el premio que nos está reservado.

De modo que en medio de las amargas y agonías de esta vida nuestra única oración debe ser: *Venga a nos el tu reino*. Señor, con todas nuestras fuerzas no volveremos a experimentar el temor ni el peligro de perderos. Cuando nos veamos agobiados de disgustos, de desprecios del mundo, consolémonos con la esperanza de la grande recompensa que Dios ha destinado a los que padecen por su amor: *Gozaos en aquel día y regocijáos: porque vuestro galardón lo recibiréis en el cielo* (1).

San Cipriano dice que el Señor ha querido con razón que encontremos nuestra alegría en las penas y en las persecuciones, porque el verdadero soldado de Dios es entonces probado y las coronas se distribuyen a los que han sido fieles (2).

Pronto está mi corazón, ¡oh Dios mío! *paratum cor meum*; dispuesto está a llevar todas las cruces que dispongáis deba sufrir.

No, no quiero gustar las delicias ni los

(1) *Luc.* 6, 23.

(2) *Gaudere et exultare nos voluit in persecutione Dominus, quia tunc dantur coronæ fidei, tunc probantur milites Dei. Epist. 6 ad Tibaritan.*

placeres de esta vida; no los merezco: os he ofendido y me he hecho merecedor del infierno. Preparado estoy a sobrellevar resignadamente todas las enfermedades, todos los trabajos que me enviareis, a abrazar todos los desprecios de los hombres: mil veces feliz si vuestra voluntad me quiere privado de todo consuelo así espiritual como corporal, mientras no me privéis de vuestro amor. No lo merezco, Señor, pero lo espero por el precio de aquella sangre que derramasteis por mí. Yo viviré, pues, eternamente, y como lo espero, os amaré por toda la eternidad: mi gloria será gozar para siempre de la felicidad sin fin que irradia vuestra bondad infinita.

CONSIDERACION III

Dios merece ser amado sobre todas las cosas

Dice S. Teresa, que cuando Dios llama a una alma a su amor, le hace un grande favor. Amémosle, pues, nosotros que somos llamados y amémosle como desea ser amado: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*. El venerable Luis de la Puente no consideraba bastante digno decir a Dios *¡Señor, os amo más que a todas las cosas, más que a todas las riquezas, más que a todos los hombres y placeres de la tierra!* porque entendía que estas palabras no tenían más mérito que estas otras: *Dios mío, os amo más que a la paja, más que al humo, más que al fango*.

Pero Dios se contenta con ser amado por nosotros sobre todas las cosas; digámosle pues: *Sí, Dios mío, os amo más que a todos los honores del mundo, más que a todas las riquezas, más que a todos mis parientes y amigos: os amo más que a la salud, más que el honor, más que la ciencia, más que todos los consuelos: en una palabra, más que a todo lo que me pertenece: más que a mí mismo*.

Prosigamos aún y digámosle: *Señor, amo vuestras gracias y favores; pero amo más que a todas estas mismas gracias a vos, porque sólo vos sois la bondad infinita, el*

bien infinitamente amable y que excede a todo otro bien. Esta es la razón, oh Dios mío, por la cual, cualquiera que sea vuestra dádiva bastará a satisfacerme si no fuéseis vos mismo: sólo si os dais vos mismo me bastaréis. Busquen otros lo que quieran, yo no he de buscar más que vuestra posesión, a vos sólo, amor mío, mi todo. En vos sólo encuentro cuanto puedo desear y hallar.

Entre todos los amigos de este mundo, ¿cuál hallaremos más amable y más fiel que Dios y que haya amado más que Dios? Roguémosle, pues, y roguémosle siempre: *Trahé me post te*; Señor, llevadme hacia vos, porque si vos no me lleváis, yo sólo no podría llegar a vos.

¡Oh Jesús mío! ¿cuándo será, que despojado de toda afección mundana, no desearé, ni buscaré otra cosa más que a vos? Quisiera hallarme desprendido de todo, pero a menudo importunas rémoras se adhieren a mi corazón y me desvían de vos. Libradme de ellas, Señor, con vuestra mano omnipotente: hacéos vos mismo el único objeto de todo mi amor y de todos mis pensamientos.

San Agustín dice, que el que tiene a Dios lo tiene todo, y que el que no tiene a Dios no tiene nada. ¿De qué sirven al poderoso los ingentes tesoros si no posee a Dios? ¿De qué sirve a un monarca imperar sobre su

reino si no posee la gracia de Dios? ¿De qué sirve a un sabio poseer todas las ciencias y hablar muchas lenguas, si no sabe amar a su Dios? ¿De qué sirve a un general mandar todo un ejército, si vive esclavo del demonio y alojado de Dios? David durante su reinado, después de haber cometido su culpa, visitaba sus jardines, sus palacios, sus deliciosas quintas y le parecía que todos estos objetos le gritaban: *¿Dónde está tu Dios? Ubi est Deus tuus?* ¿Quieres encontrar el contento en nosotros? vé, vuelve al Dios que has abandonado, El sólo puede satisfacerte. Entonces confesaba el santo rey, que en medio de las delicias no encontraba la paz lloraba noche y día sin poder olvidar que había perdido a su Dios (1).

En medio de las miserias y sinsabores de este mundo ¿quién puede consolarnos mejor que Jesucristo? Por esto dice: *Venid a mí los que estáis fatigados y apesadumbrados y yo os aliviaré.* ¡Oh locura de los mudanos! Más consuelo encuentra un alma en estado de gracia, en la efusión de una sola lágrima derramada al recuerdo de sus culpas, más en esta exclamación: *¡Oh Dios mío!* proferida con amor, que el que podría hallar entregándose al mundo en mil banquetes o espectáculos deslumbradores. Lo-

(1) *Fueront lacrymæ meæ panes die ac nocte: dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus?*

cura, lo repito, pero locura irremediable cuando llegue la muerte, esa muerte rodeada de oscuridad de que habla el Evangelio (1). Por esto nos aconseja el Salvador que caminemos mientras nos favorece la luz porque llegará la noche durante la cual nada ya podremos hacer (2).

Sea Dios, pues, todo nuestro tesoro, todos nuestros deseos sean agradar a Dios, el cual jamás se queda atrás en amor; El remunera siempre con el ciento por uno lo que hacemos para agradarle. ¡Oh, mundo, no pretendas que te consagre en adelante ni mi estimación, ni mi amor: otro objeto más fiel y más digno de mi amor, se ha apoderado de mi corazón!

¡Oh, Dios mío, mi único bien! Sed el objeto dominante de mi alma, y como yo os prefiero a todas las cosas, disponed que en todas las cosas prefiera vuestra voluntad a mi propio placer. Jesús mío, espero por los méritos de vuestra sangre, no amaros más que a vos sobre la tierra, durante lo que me queda de vida para que logre un día poseeros en el reino eterno de los binaventurados. Virgen Santa, socorredme con vuestros poderosos ruegos, haced que pueda yo besar vuestros sagrados pies en el paraíso.

(1) Venit nox, quando nemo potest operari. Joan. 9, 4.

(2) Ambulate dum lucem habetis; ut non vos tenebræ comprehendant. Joan. 12, 35.

CONSIDERACION IV

Un alma que aspira a la santidad debe entregarse a Dios sin reserva

Decía San Felipe Neri, que cuanto más amor prodigamos a las criaturas, tanto más lo defraudamos a Dios; y por esto nuestro Salvador está celoso de nuestros corazones. Puesto que nos ama sin medida quiere reinar sólo en nuestro corazón, y no sufre rivales que le roben parte alguna del amor que quiere todo entero para sí: por esto experimenta tan grande disgusto al vernos dominados por cualquier afección que no nazca de El. ¿Acaso exige demasiado este divino Salvador después de habernos prodigado su sangre y su vida, después de haber muerto en una cruz? Después de tanto sacrificio ¿no merecerá ser amado con todos nuestro corazón y sin reserva?

San Juan de la Cruz dice que todo apego a la criatura impide ser enteramente de Dios. Hay almas llamadas por Dios a la santidad; pero si estas almas obrando con reserva y no entregando a Dios todo su amor, conservan alguna afección a las cosas terrenas, no sólo no se hacen santas sino que no llegarán a serlo jamás: quisieran volar, pero sus ataduras las retienen, no vuelan, y quedan

siempre pegadas a la tierra. Preciso es, pues, desprenderse absolutamente de todo. Un hilo pequeño o grande, añade el mismo santo, basta para detener el vuelo de un alma hacia Dios.

Santa Gertrudis pidió un día al Señor le indicase qué quería de ella. El Señor, le respondió: No quiero de tí más que un corazón vacío. Esto le pedía a Dios el santo rey David (1). Dios mío, dadme un corazón puro, esto es, vacío, despojado de toda afección mundana.

Todo por todo, escribe Tomás de Kempis. Es necesario darlo todo para merecerlo todo. Para poseer a Dios enteramente, es necesario apartarnos de todo lo que no sea Dios. Entonces podrá el alma decir al Señor: Jesús mío, todo lo he dejado por vos, ahora entregáos vos todo a mí.

Para llegar a este punto, es preciso rogar a Dios constantemente tenga a bien llenarnos de su santo amor. El amor divino es este fuego poderoso que consume en nuestros corazones todos los afectos que no van encaminados a Dios. San Francisco de Sales decía que cuando se ha prendido fuego en una casa, se arrojan todos los muebles por las ventanas: quería decir, que cuando el amor divino toma posesión de un corazón, este indi-

(1) Cor mundum crea in me, Deus.

viduo no tiene ya necesidad de la cátedra ni del director espiritual que le ayuden a desprenderse del mundo: el amor de Dios al abrazarle expulsa de este corazón, todas las afecciones impuras.

Almas que de veras aman a Jesucristo, pierden el sentimiento, la percepción de las cosas del mundo, y no ven más que a Dios sólo, no buscan más que a Dios, no hablan más que de Dios, y no quieren oír hablar más que de Dios. Si se nombran las riquezas, las dignidades, los placeres, se vuelven hacia Dios y le dicen con un inflamado suspiro: *¡Mi Dios y mi todo!* Dios mío, ¿para qué quiero yo los placeres, los honores, el mundo entero? Vos sois todo mi bien, todo mi contento.

Santa Teresa, hablando de la oración de unión, dice, que esta unión consiste en dejar de existir para todos los objetos del mundo, a fin de no poseer más que a Dios.

Los más seguros medios para entregarse a Dios son estos tres: 1º Huir toda especie de faltas, hasta las más leves, y hacerse capaz de dominar toda voluntad mal ordenada, como sería saberse abstener en cualquier ocasión de la curiosidad de ver o de escuchar, de gustar algún placer sensible aunque ligero, de emplear tal palabra festiva, pero inútil, y otras cosas parecidas. 2º En-

tre las cosas buenas, escoger lo mejor, la que más agrada a Dios. 3º Recibir en paz, con alegría, y como de la mano de Dios, las cosas que repugnan a nuestro amor propio.

Jesús mío, amor mío, mi todo, ¿cómo puedo contemplaros muerto sobre las afrentosa cruz, despreciado de todo el mundo, consumido de dolores y buscar todavía los placeres y la gloria de la tierra? De hoy en adelante quiero ser todo vuestro. Olvidad mis ultrajes y perdonadme, hacedme conocer de qué debo desprenderme, y qué debo hacer para agradaros; nada me será costoso. Dadme fuerza para hacerlo y constancia para seros fiel. Amable Redentor, vos deseáis que yo me entregue todo a vos y sin reserva para unirme todo a vuestro corazón: pues desde hoy me entrego todo a vos sin reserva. Sí, todo entero. Os ruego me concedáis la gracia de seros fiel hasta la muerte. ¡Oh madre de Dios, oh madre mía, María! obtenedme la santa perseverancia.

CONSIDERACION V

Dos grandes medios para llegar a ser santo: el deseo y la resolución de serlo

Toda la santidad consiste en amar a Dios. El amor divino es un tesoro infinito por el cual adquirimos la amistad de Dios (1). Dios está dispuesto a darnos este tesoro de su santo amor, pero quiere que sea el objeto de nuestros más ardientes deseos. Cuando se desea con poco interés un bien cualquiera, no se pone grande empeño en conseguirlo: por el contrario, como dice San Lorenzo Justiano, un fervoroso deseo hace llevaderas las penas, e infunde nuevas fuerzas para conseguirlo.

Así el que no tiene ambición por adelantar en el amor divino, en lugar de buscar con ardor su perfección, se encontrará en inminente peligro de entibiarse. Al contrario, el que aspire a la perfección con ardiente deseo, y se esfuerce por adelantar en ella de día en día, con el tiempo llegará al término de sus solicitudes. *Dios, dice Santa Teresa, no reserva sus grandes favores, sino para aquel que desea fervorosamente su santo amor. Y en otro lugar: Dios no deja un buen deseo sin recompensa.* De donde toma la santa oca-

(1) Infinitus enim thesaurus et hominibus; quo, qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei. *Sap.* 7, 14.

sión de exhortarnos a no envilecer nuestros deseos, porque, como ella dice, *con la confianza en Dios, por nuestros esfuerzos podremos llegar poco a poco adonde han llegado los Santos.*

Es una red tendida por el demonio, según el decir de la misma santa, creer, que el desear ser santo, sea efecto del orgullo. Lo sería sin duda y sería además vana presunción, si pusiésemos nuestra confianza en nuestras obras o en nuestras resoluciones, pero no así cuando todo lo esperamos de Dios, cuando esperamos que Dios sólo nos dará la fuerza de que carecemos. Deseemos, pues, con ardor llegar a un grado sublime de amor de Dios y digamos con valentía: *Todo lo puedo en aquél que me conforta* (1). y si no arde en nosotros ese deseo ardiente, pidámoslo por lo menos sin cesar a Jesucristo, que nos lo concederá.

Pasemos al segundo medio que es la resolución. Los buenos deseos deben ir acompañados de la resolución de un alma determinada a hacer todos sus esfuerzos para conseguir el bien que desea. Muchos desean la perfección, pero nunca ponen en práctica los medios. Se creerían capaces de sepultarse en un desierto, de hacer ejemplar penitencia, grandes oraciones, llegarían a sufrir el martirio; pero todos estos deseos se reducen a pu-

(1) *Philip. 4, 13.*

ras veleidades, que en lugar de ayudarles, les vienen a ser mucho más funestas. Estos son aquellos deseos que matan al perezoso, como dice la Escritura (1). Mientras se alimentan de estos ineficaces deseos, no se esmeran en desarraigar de sí sus defectos, en mortificar sus pasiones, en sufrir con paciencia los desprecios y las contradicciones. Desean hacer grandes cosas pero, impracticables todas, por incompatibles con su actual estado, y mientras esto sucede, cunde y crece más y más su imperfección. Cualquier adversidad los desconcierta, cualquier enfermedad los irrita; y habiendo vivido imperfectos con tal conducta, mueren en la imperfección en que han vivido.

Si pues, queremos efectivamente ser santos, formulemos la resolución, primero, de huir de toda culpa venial, por ligera que pueda parecernos. Segundo. De desprendernos de toda afección por las cosas terrenas. Tercero. De no faltar nunca a los ejercicios cotidianos de oración y mortificación, cualquiera que sea la repugnancia que experimentemos en verificarlo. Cuarto. De meditar cada día la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, la cual inflama de amor divino los corazones que la meditan. Quinto. De hacer la voluntad de Dios con resignación y

(1) Desideria occidunt pigrum. *Prov.* 21, 25.

en paz, en medio de todas las contradicciones. El padre Baltasar Alvarez decía, que *el que se resigna a la voluntad divina en las adversidades, corre a Dios sin tropezar*. Sexto. De pedir en fin, continuamente a Dios el don de su santo amor.

Resolución, resolución, decía Santa Teresa, *el demonio no teme a las almas irresolutas*. Trabajemos en recuperar el tiempo perdido y dediquemos a Dios todo el que nos queda. Todo el tiempo empleado sin servir a Dios es tiempo perdido. ¿Queremos tal vez provocar a Dios a que nos abandone, disgustado de nuestra tibieza, de esta cobardía que nos conducirá a la perdición? No; cobremos valor y guiémonos siempre por esta máxima: *Agradar a Dios y morir*. Un alma firmemente resuelta volará, con la ayuda de Dios, por la senda de la perfección.

Un alma que quiere pertenecerle enteramente debe estar dispuesta a poner en práctica las siguientes resoluciones: Primero. No cometer jamás ningún pecado venial, como ya dijimos antes, por leve que sea. Segundo. Entregarse a Dios sin reserva, y para esto practicar todas las buenas obras que creamos del agrado de Dios, con la aprobación de nuestro director espiritual. Tercero. En la práctica de las buenas obras elegir aquellas que más satisfagan a Dios. Cuarto. No esperar hasta mañana para hacer el bien que

podemos hacer hoy. Quinto. Pedir a Dios todos los días la gracia de crecer en su amor. Con este amor lo haremos todo: sin este amor nada haremos. Es necesario entregarlo todo para alcanzar al que lo hace todo. Para que fuésemos enteramente de Jesús se nos entregó Jesús por entero a nosotros.

Desgraciado de mí ¡oh Dios de mi alma! Después de tantos años que estoy sobre la tierra, ¿qué progreso he procurador alcanzar en vuestro amor? mis progresos han sido en los defectos, en el amor propio, en el pecado. ¿Será pues mi intención continuar esta vida hasta la muerte? No, Jesús mío: no, Salvador mío. Ayudadme: no quiero ser ingrato, como desgraciadamente he sido hasta ahora: quiero amaros de veras y abandonarlo todo para agradaros. Ayudadme, oh Jesús mío! vos que habéis derramado vuestra sangre, esperando que me entregaría enteramente a vos: Sí, quiero ser todo vuestro con el auxilio de vuestra gracia. Cada día doy un paso más hacia la muerte, ayudadme a desprenderme de cuanto puede impedirme el ser todo vuestro, de vos que me habéis amado tanto. Hacedlo por vuestros merecimientos, lo espero de vuestra bondad. También lo espero de vos, Virgen María, Madre mía! por vuestros ruegos, que lo pueden todo ante Dios, alcanzadme la gracia de ser todo suyo.

CONSIDERACION VI

De la ciencia de los Santos

Hay sobre la tierra dos clases de ciencia, una celestial y otra mundana. La primera es la que nos conduce a hacer la simple voluntad de Dios y a ser grandes en el reino de los cielos: la segunda es la que nos lleva a sólo complacernos a nosotros mismos y a hacernos grandes en la tierra. Pero esta ciencia del mundo es locura ante Dios (1). Locura, porque vuelve locos a los que la cultivan, enseñándoles a satisfacer sus apetitos sensuales. San Juan Crisóstomo dice: *Llamamos hombre al que conserva intacta la imagen de hombre. ¿En qué consiste empero esta imagen? En ser racional.* De donde debemos concluir, que así como diríamos que una bestia que obrase racionalmente, obraba como hombre, del mismo modo podremos decir que se conduce como animal el hombre que obra según el apetito de sus sentidos, esto es, irracionalmente, o como bestia.

Pero ¡qué digo! concretándonos a la ciencia humana y natural de las cosas de la tierra, ¿qué es lo que saben los hombres, después de todos sus estudios? ¿Qué alcanzamos a ser nosotros sino ciegos topes, pues

(1) Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum. I Cor. 3, 19.

que fuera de las verdades que conocemos por la fe, no conocemos lo demás sino por conducto de los sentidos, por conjeturas de naturaleza absolutamente incierta y falible? ¿Qué escritor de tales materias se ha visto exento de la crítica de unos después de haber sido aplaudido por otros? Pero la desgracia que hay en esto consiste, en que la ciencia mundana, como dice San Pablo, pone soberbios a sus cultivadores hasta el punto de despreciar a los demás: defecto infinitamente pernicioso al alma, porque Dios, según el apóstol Santiago, niega sus gracias a los soberbios, y no las concede más que a los humildes (1).

¡ Oh! si los hombres obrasen según la razón y la ley de Dios! ¡ si supiesen tomar sus precauciones, no sólo para la vida temporal, que no dura más que un instante, sino para la vida que es eterna, ciertamente no se ocuparían en adquirir más ciencia que aquella por cuyo medio se obtiene la eterna felicidad y se evita la desgracia eterna! (2).

San Juan Crisóstomo nos aconseja que vayamos a los sepulcros de los muertos para aprender en ellos la ciencia de la salvación.

(1) Deus supērbis resistit, humilibus autem dat gratiam. Jac. 4, 6.

(2) Utinam saperent e intelligerent, ac novissima providerent *Deut.* 32, 29.

¡Que vayamos a los sepulcros! (1) ¡Oh cuán hermosa escuela de verdad es el sepulcro, para llegar a comprender la nada de la vanidad del mundo! *¡Que vayamos a los sepulcros!* Yo no descubro allí más que huesos y gusanos, añade el santo doctor (2); ¡huesos! ¡podredumbre entre gusanos! Allí yo no sabría distinguir quién fué el ignorante, quién el letrado; allí no se descubre otra cosa sino que la muerte pone fin a todas las glorias de este mundo. ¿Qué queda ahora de un Demóstenes, de un Cicerón, de un Ulpiano? *Durmieron su sueño y nada encontraron en sus manos* (3).

Dichoso el que ha recibido de Dios la ciencia de los santos (4). ¡Esta ciencia consiste en amar a Dios. ¡Cuántas personas eminentes, hay en este mundo en las bellas letras, en las matemáticas, en las lenguas extranjeras y antiguas! Pero ¿de qué les aprovecharán todos estos conocimientos si no saben amar a Dios? *Feliz aquel*, decía San Agustín, *que conoce a Dios y no conoce más que a Dios*. El que conoce a Dios y le ama, aun cuando ignorase todo lo que saben los

(1) Proficiscamur ad sepulcra.

(2) Nihil video nisi putredinem, ossa et vermes.

(3) Ps. 75, 5.

(4) Et dedit illi scientiam Sanctorum. Sap. 10, 10.

demás hombres, sería más sabio que todos los sabios que no saben amar a Dios.

Los ignorantes se levantan y alcanzan el cielo, exclamaba el mismo San Agustín.

¡Oh! cuán sabios fueron un San Francisco de Asís, un San Pascual, un San Juan de Dios, privados en verdad de la ciencia mundana pero hábiles en la ciencia divina! *¡Padre mío!* dice el Salvador, *habéis ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las habéis revelado a los párvulos* (1). Por los *sabios* se entienden aquí los sabios del mundo, aquellos que no piensan más que en procurarse riquezas y honores mundanos, haciendo poco caso de los bienes eternos. Por los *párvulos*, deben entenderse las almas sencillas, como los niños, poco instruídas en la ciencia del siglo, pero muy atentas a agradar a Dios únicamente.

¡Ah! no envidiemos la muerte de aquellos que saben mucho, envidiemos sí la de los que saben amar a Jesucristo. Imitemos a San Pablo, que escribe no querer saber más que a Jesucristo y a Jesucristo crucificado (2). Dichosos nosotros, si llegamos a conocer el amor que nos ha profesado Jesús crucificado, y si con el auxilio de la caridad de todo un Dios, alcanzamos la ciencia de su amor.

(1) *Matth.* 11, 25.

(2) Non enim judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum
(2) *Cor.* 2, 2.

¡Oh, Dios mío, mi verdadero y perfecto amigo! ¿dónde podré encontrar quien me ame tanto como vos me habéis amado? Hasta ahora no he hecho más que aprender muchas cosas que ningún socorro han traído a mi alma, descuidando enteramente el aprender a amaros. Lo conozco, he perdido mi vida entera. Oigo con todo, oh Dios mío, que me llamáis a vuestro amor; ved ahí pues que lo abandono todo para siempre, mi único pensamiento será agradaros a vos, soberano bien mío. Yo me entrego todo a vos; recibidme, dadme fuerza para seros fiel, no quiero tener más dominio sobre mí sino para depender enteramente de vos, todo de vos. ¡Madre de Dios, acudid con vuestros ruegos en mi ayuda!

Me tomo la libertad de manifestar aquí el grande consuelo que he experimentado, hace pocos días en saber una circunstancia que es muy conducente a la materia que se ha tratado en este capítulo. Me han asegurado que el célebre Metastasio, después de haber merecido los aplausos de Europa entera por sus obras poéticas, cuyo efecto es tanto más peligroso cuanto más bellas, acaba de publicar un librito en prosa, en el cual declama contra todas las producciones de este género y protesta, que si pudiese retirarlas del público y hacer de modo que de-

jasen de existir en el mundo, lo haría a cualquier precio, aún a expensas de su sangre. Me han añadido además, que si bien es verdad que todavía compone poesías, para cumplir con los deberes que le impone su destino de poeta de la corte imperial, no trabaja sino dramas espirituales y morales, conservándose encerrado siempre en su aposento, empleando su vida en la oración y en las buenas obras. Esta noticia me ha causado un consuelo inefable, porque considero esta solemne declaración y este ejemplo, muy propios para infundir remordimientos a los jóvenes escritores que emprenden esta carrera, fascinados y ambicionando renombre y gloria con producciones licenciosas. En verdad que por esta declaración merece Metastasio mayores alabanzas que si hubiese publicado millares de poemas; pues, si éstos le conciliarían aplausos de los hombres, aquélla le merece los elogios del mismo Dios. Así es, que cuanto detestaba yo la vanidad que lo conducía a gloriarse de sus escritos (no hablo de sus dramas sagrados que son excelentes y dignos de todo encomio) otro tanto ahora deberían ser sin término mis parabienes; y si me fuese permitido, le besaría los pies, viéndole constituido en censor de sus propios escritos y oyéndole protestar que quisiera verlos desaparecer del mundo entero a costa de su misma sangre.

CONSIDERACION VII

Nuestra salud eterna está en la oración

La oración no sólo es útil sino necesaria para nuestra salvación: así es que Dios que quiere que nos salvemos todos nos la impone como un precepto: *Pedid y os será concedido* (1). Uno de los errores de Wicleff condenado por el concilio de Constanza era decir que la oración es de consejo y no de precepto para nosotros. Pero, San Lucas, dice: *Hemos de orar* (2); y adviértase que no dice, *es provechoso*, ni *conveniente*, sino, *hemos de orar*. Basados en esto los doctores enseñan con verdad, que comete falta grave el que descuida elevar su corazón a Dios con la oración, al menos una vez al mes y en todas las ocasiones en que lucha con alguna tentación violenta.

La razón de esta necesidad de encomendarnos a Dios a menudo, nace de nuestra insuficiencia para hacer ninguna buena obra, y tener por nosotros mismos ningún buen pensamiento (3). Esta convicción hacía decir a San Felipe Neri que no confiaba en sí mismo. Dios, dice San Agustín, no desea sino derramar sus gracias: pero no las con-

(1) *Matth.* 7, 7.

(2) *Oportet semper orare. Luc.* 18, 1.

(3) *Sine me nihil potestis facere. Joan.* 15.

cede sino a los que las piden (1). Y añade el santo Doctor que la gracia de la perseverancia no se concede más que al que la busca (2).

Ya que el demonio no cesa de dar vueltas en nuestro alrededor para devorarnos, debemos buscar continuamente nuestra defensa en la oración como dice Santo Tomás (3). Jesucristo es el primero que lo ha enseñado así: *Conviene orar de continuo y no desfallecer* (4). De lo contrario, ¿cómo podríamos nosotros resistir a las continuas tentaciones que experimentamos de parte del mundo y del infierno? Es un error de Jansenio, condenado por la iglesia, asegurar que hay preceptos imposibles de observar y que nos falta a veces la gracia que debe hacernos posible. *Dios es fiel*, dice San Pablo, *y no permite que las asechanzas de la tentación sean mayores que nuestras fuerzas* (5). Pero quiere que acudamos a El cuando nos asalta la tentación y le pidamos el auxilio necesario para resistirla. Nosotros no podríamos observar la ley sin la gracia. Dios nos ha dado la ley para que buscáse-

(1) Deus dare vult, sed non dat nisi petenti.

(2) Aliam non nisi orantibus (Deum) præparasse, sicut perseverantiam. *Lib. de Persev. c. 5.*

(3) Necessaria est homini jugis oratio.

(4) Luc. 18, 1.

(5) 1 Cor. 10, 13.

mos la gracia y nos concede después la gracia para que cumplamos la ley (1). Esto precisamente inculca el concilio de Trento, cuando dice: *Dios no ordena lo imposible; pero cuando ordena algo, nos advierte que hagamos cuanto esté de nuestra parte, y que pidamos lo que no podemos y nos ayudará para que podamos* (2).

El Señor, pues, se halla enteramente dispuesto a prestarnos su auxilio para que no sucumbamos en la tentación; pero no concede estos auxilios sino a los que acuden a implorarlos para no sucumbir, particularmente contra los estímulos de la carne. Así dice el Sabio: y como llegué a entender que de otra manera no podría ser continente si Dios no me lo otorgaba, acudí al Señor y se lo pedí con fervor (3). Ello es que nosotros no tenemos la fuerza suficiente para dominar las pasiones, a no ser que *nos la otorgue Dios*, esto es: a no ser que Dios venga en nuestro auxilio; pero Dios no vendrá, sino después que lo roguemos. Y nuestros ruegos nos alcanzarán fuerza suficiente

(1) Lex data est, ut gratia quæreretur; gratia data est ut lex impleretur. *S. August. in. Ps. 109.*

(2) Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet et facere quod possis et petere quod non possis, et adjuvat ut possis. *Sess. 6, c. 11.*

(3) *Sap. 3, 21.*

para resistir a todo el infierno por la virtud de este Dios que nos sostiene, como dice San Pablo (1).

Es también importante para obtener la gracia del Señor, el recurrir a la intercesión de los santos que pueden mucho con Dios, mayormente cuando ruegan por sus más fieles devotos. No es éste un acto de devoción arbitraria, sino un deber, como lo ha dicho expresamente Santo Tomás. Según este Santo el orden de la ley exige que recibamos los socorros necesarios para salvarnos mediante la intercesión de los Santos (2).

Todavía se obtiene más fácilmente por la mediación de la Santa Virgen María, cuyos ruegos valen más que todos los de los santos reunidos, con tanto mayor motivo, dice San Bernardo, cuanto por María logramos acceso hasta Jesucristo nuestro maestro y Salvador (3). Pienso, pues, haber probado suficientemente en mi obra sobre las *Glorias de María*, cap. 5 § 1 y 2, así como en mi escrito la *Oración*, cap. I, este parecer de San Bernardo, sostenido por muchos teólogos, ta-

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. *Phil.* 4, 13.

(2) *S. Thom.* 4. *Sent.*, *Dist.* 45. *q.* 5, *a.* 2.

(3) Per te accessum habemus ad Filium, o inventrix gratiæ Mater salutis; ut per te nos suscipiat, qui per te datus est nobis. *Serm. Dom. infr. oct. Assumpt.*

les como el P. Alejandro y el P. Contensón, que todas las gracias que recibimos de Dios las obtenemos por la mediación de María. San Bernardo añade: *Busquemos la gracia y busquémosla por medio de María, porque el que busca encuentra, y no puede salir frustrado su ruego.* San Pedro Damían, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, San Antonio, son igualmente de este parecer.

Roguemos, pues, y roguemos con confianza, dice el Apóstol (1). Jesús, sentado ahora en el trono de la gracia para consolar a todos los que recurren a él, ha dicho: *Pedid y os será dado.* El día del juicio estará también sentado en su trono, pero este trono será el de la justicia. ¡Qué insensato el que, pudiendo librarse de su miseria, recurriendo a Jesús que le ofrece su gracia, espera el día del juicio en el que Jesús será su juez y no usará de misericordia! Nos dice ahora que nos concederá todo cuanto le pidamos (2). ¡Qué más pudiera uno decir a un amigo para probarle su afecto? *Pídeme cuanto quieras, yo te lo daré.*

(1) Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. *Hebr.* 4, 16.

(2) Omnia quæcumque orantes petit, credite, quia accipietis et venient vobis. *Marc.* II, 24.

Santiago añade: *Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios que la da a todos copiosamente y le será concedida* (1). La sabiduría de que se trata aquí es la sabiduría de la salvación: para alcanzar esta sabiduría, es preciso pedir al Señor las gracias necesarias a la salud espiritual. ¿Y nos las concederá el Señor? Sí: nos las concederá y nos concederá con profusión más de las que habremos pedido. Si el pecador se arrepiente de sus culpas, pida a Dios su salud. Dios no hará como los hombres que afean a un ingrato su ingratitud, que le zahieren por ella, y le niegan lo que les pide; sino que le concederá sin demora todo lo que le habrá pedido y mucho más. Si pues queremos salvarnos, es menester que hasta la muerte no cese la oración en nuestros labios y que digamos: ¡Dios mío, socorredme! ¡Misericordia, Jesús! ¡Misericordia, Virgen María! Si abandonamos la oración, nuestra perdición es segura. Roguemos, pues, roguemos también cada día por las santas almas del purgatorio: estas santas prisioneras son muy agradecidas a las oraciones que por ellas se hacen. Cada vez que oremos pidamos al Señor su gracia por los méritos de Jesucristo, porque El ha

(1) Jac. 1, 15.

dicbo que Dios nos concedería cuanto le pidiéramos en su nombre (1).

Dios mío, esta es la gracia, que os pido en el día de hoy: por los méritos de vuestro divino Hijo, haced que durante toda mi vida y sobre todo en mis tentaciones, recurra a vos confiado que me ayudaréis por el amor de Jesús y de María. Virgen Santa, alcanzadme esta gracia de la que depende mi salvación.

(1) Amen, amen, dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. *Joan.* 16, 23.

CONSIDERACION VIII

Llegará el día de mi muerte

Repetir a menudo: *Llegará el día de mi muerte*, es muy conducente a la salvación. La Iglesia renueva este recuerdo a los fieles el miércoles de ceniza de cada año (1).

Pero esta idea de la muerte nos es representada frecuentemente en el curso del año, ya en los cementerios que encontramos en los caminos, ya en los cenotafios que vemos en la Iglesia y ya finalmente en los mismos muertos que se conducen al sepulcro.

Los muebles más preciosos que han usado los anacoretas en los retiros fueron una cruz y una calavera: aquélla para recordarles la muerte de Jesucristo por amor de los hombres: y ésta para que no olvidasen que eran mortales. Con estos muebles perseveraban hasta la muerte y morían* pobres en el desierto, pero más contentos que los monarcas que mueren en sus palacios.

Se acerca el fin, el fin se acerca (2). Uno vive más largo tiempo, otro menos, pero todos, tarde o temprano, debemos morir, y a la hora de la muerte, el único consuelo será haber amado a Jesucristo y haber sufrido por su amor los tormentos de la vida. En ese instante, ni las riquezas atesoradas, ni los

(1) Memento homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.

(2) Finis venit, venit finis. *Ezech.* 7, 2.

honores adquiridos, ni los placeres gustados bastarán a consolarnos: por lo contrario, todos juntos serán nuestro suplicio, y cuanto más numerosos habrán sido los bienes mundanos, más y más terribles serán nuestros castigos.

Santa Margarita de Santana, religiosa carmelita descalza e hija del emperador Rodolfo Segundo, exclamó en sus últimos momentos: *¿De qué sirven los imperios en la hora de la muerte?* ¡Ah! A cuántos mundanos no ha sido repetido, hasta en los mismos instantes en que más solícitos andaban por amontonar honores y riquezas: *Dispón de tu casa porque morirás tú y no vivirás* (1).

¡Oh! cuál será la desesperación de este hombre que estaba en vísperas de ganar un pleito, de adquirir una posesión o un palacio, al oír al sacerdote, que al encomendarle el alma, prorrumpirá en estas terribles palabras: *¡Sal, alma cristiana de este mundo!* ¡Sal de este mundo y vé a rendir cuenta a Jesucristo!—¡Ay! no estoy preparada.—¿Qué importa? es necesario partir. ¡Oh Dios mío! ¡iluminadme, dadme la fuerza suficiente para consagrar el resto de mis días a vuestro servicio y a vuestro amor! Si en este instante llegase la hora de mi muerte, yo no moriría contento; moriría en la inquietud y en la ansiedad.

(1) Isaias 38, 1.

¿Esperaré que la muerte venga a quitarme toda esperanza de salud? Señor, he vivido hasta ahora en el descuido, en adelante me desvelaré por servirlos. Yo me entrego enteramente a vos: aceptadme y socorredme.

A cada uno le llegará su fin y con él el terrible y decisivo momento de una eternidad de bienaventuranza o de una eternidad de condenación (1). ¡Oh! si pensásemos todos en este momento grande, y en las cuentas que deberemos dar al Juez de nuestras obras (2). ¡Si louviésemos presente no nos ocuparíamos en amontonar tesoros; no nos fatigaríamos en correr detrás de los honores; no buscaríamos descollar en el mundo que ha de terminar para nosotros: todo nuestro afán sería imitar la vida de los santos para serlo y engrandecernos en aquella vida que no ha de tener fin. Si, pues, tenemos fe, si es cierto que hemos de morir, si lo es el juicio final, si lo es la eternidad, procuremos no vivir sino en Dios y no amar más que a Dios. Pasemos por la tierra como peregrinos que atraviesan un país, sin fijarse en él; tengamos ante la vista la imagen de la muerte y hagamos lo que en la hora de la muerte sentiremos no haber hecho. Todas las cosas de la tierra nos desamparan o las

(1) Momentum a quo pendet æternitas!

(2) Utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent! *Deut.* 32, 29.

desamparamos nosotros: escuchemos a Jesucristo que nos dice: *Atesorad tesoros para el cielo, donde no los consume orín ni polilla* (1). Despreciamos los tesoros de la tierra que no han de bastar a satisfacernos y son perecederos; adquiramos los tesoros del cielo que nos harán felices y no tendrán fin. Desgraciado de mí, oh Dios mío, que os he vuelto las espaldas tantas veces, para consagrarme a las cosas mundanas. Reconozco mi error, me arrepiento de haber estado buscando hasta ahora cómo adquirir celebridad y fortuna en este mundo. El solo bien que anhelo ya es de poderos amar y hacer vuestra santa voluntad. ¡Oh Jesús mío! desterrad de mí todo deseo de querer figurar en el siglo; hacedme desear el desprecio de los hombres, el retiro y la oscuridad. Dadme la fuerza para negarme a mí mismo todo aquello que pudiera desagradaros. Haced que soporte sin quejarme las enfermedades, las persecuciones, los dolores, los tormentos que vos me enviaréis. ¡Oh! séame dado poder morir por vuestro amor abandonado de todo el mundo, como morísteis vos mismo, Señor, que me habéis amado tanto. ¡Virgen Santa María! vuestros ruegos pueden hacerme hallar la verdadera felicidad que consiste en amar a vuestro divino Hijo. Rogadle por mí: sois vos toda mi confianza.

(1) *Matth.* 6, 20.

CONSIDERACION IX

Preparación para la muerte

Está establecido que los hombres mueran una sola vez (1). La muerte es inevitable y el tiempo y el modo inciertos. Jesucristo nos exhorta a *estar preparados, porque en la hora menos pensada vendrá el Hijo del hombre*. De modo que para salvarnos no bastará prepararnos a la muerte cuando ésta habrá llegado: es necesario haberse dispuesto muy de antemano. Con este fin es menester que una vez al mes, cuando menos, se repitan los siguientes actos: ¡Oh Dios mío! pronto estoy a recibir la muerte que me destinaréis. Yo acepto desde ahora y sacrifico toda mi vida en honor de vuestra Majestad y en ofrenda por mis pecados: yo consiento en que esta carne a quien he satisfecho tantas veces despreciando vuestras leyes, sea pasto de los gusanos y reducida a polvo.

¡Jesús mío! el dolor y la agonía de mis últimos instantes los agrego a los dolores y agonía que sufrísteis en vuestra vida mortal, cuando os hicísteis hombre para salvarme. Acepto la muerte con todos los accidentes que puedan acompañarla: acepto la hora que vos le señalaréis, ora sea pasados muchos

(1) *Hebr.* 9, 27. — *Luc.* 12, 40.

años, ora sea en este momento: acepto el modo con que llegará: en la cama, en la calle, presentida o imprevista, con enfermedad más o menos dolorosa: me someto en todo a vuestra santa voluntad. Dadme fuerza para soportarlo todo con paciencia.

¿Qué podré yo dar al Señor en testimonio de reconocimiento por cuanto de él he recibido? (1). Os doy gracias, Señor, por haberme dado la fe: protesto que deseo morir en el seno de la Santa Iglesia Católica. Os doy gracias por no haber ordenado mi muerte cuando estaba en pecado mortal y por haberme perdonado tantas veces con tanta misericordia. Os doy gracias por las luces y las gracias con que habéis querido llamarme a vos: os ruego que en la hora de mi muerte me concedáis tiempo para recibir el Santo Viático, a fin de que unido a vos comparezca delante vuestro tribunal. No soy yo merecedor de escuchar de vuestros labios: *Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor* (2), no lo merezco, Jesús mío, porque jamás he sido perfectamente fiel; pero vuestra muerte me infunde la esperanza de que seré admitido en

(1) Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?

(2) *Matth.* 25, 21.

el cielo, para amaros allí eternamente y con todo mi corazón.

¡Oh amor mío crucificado, tened piedad de mí! Miradme con aquellos ojos de misericordia con que desde lo alto de la cruz mirábais a los hombres por quienes moríais. No recordéis, *Señor, los delitos de mi juventud ni mis ignorancias*. Los pecados me asustan, pero la cruz en que os contemplo clavado me infunde esperanza: *He aquí el leño de la cruz del cual pende la salud del mundo*. Deseo concluir mis días para poner fin a mis pecados, perdonadme las ofensas que os he inferido: perdonadme por vuestra sangre: *¡Oh sangre del Inocente, lava las manchas del arrepentido!*

Jesús mío, abrazo vuestra cruz y beso las llagas de vuestros pies donde deseo exhalar el alma. ¡Oh! no me abandonéis en mis últimos instantes! Os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo y me arrepiento de haberos despreciado hasta ahora. Señor, yo estaba perdido, pero vuestra bondad infinita me ha llamado a nueva vida; recibid, pues, mi alma desde ahora como si fuese éste el momento en que debiera salir de este mundo. Yo exclamaré con Santa Agata: *Señor, que me apartaste del amor del siglo, recibe mi alma. En tí, Señor, deposité mi confianza, no sea yo confundido*

para siempre, pues tú me redimiste, Dios de verdad.

Virgen santa, socorredme en la hora de mi muerte: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte; en tí, deposité mi confianza, no sea yo confundido para siempre.* San José, mi protector, obtenedme una santa muerte. Angel de mi guarda, Arcángel San Miguel, defendedme del demonio en el último combate. Y vosotros Santos del Paraíso, socorredme en aquella hora extrema. Jesús, María y José, téngaos yo a mi lado en la hora de mi muerte.